

# La encrucijada de los rescatados: entre la Memoria doliente y el Olvido

EDILIA CAMARGO

## Resumen

El presente ensayo se centrará en el diálogo histórico entre tres fenómenos de deportación masiva y destierro:

- la trata negrera transatlántica hacia América
- la deportación de judíos y gitanos hacia los campos de exterminio nazis y
- el destierro de los vencidos republicanos españoles, concentrados igualmente en los campos nazis.

Se mostrarán las relaciones entre los tres fenómenos y las formas análogas que adoptan los crímenes de lesa humanidad. Aunque se trata de hechos históricos cronológicamente separados, al menos los dos últimos con respecto al primero, en los tres se evidencian la ausencia de un *lugar* y el dolor en masa que produce el destierro forzado. Obviamente, este dolor abre espacio a la resistencia e inaugura las posibilidades y gestas de la esperanza.

**Palabras clave:** deportación, campamento nazi, Esclavitud, lugar, Reparación

## A manera de preámbulo

Es posible que no sea una simple coincidencia escribir sobre este tema justamente hoy, el día en que en un antiguo enclave y puerto de venta de esclavos en Panamá, un puñado de “rescatados” celebra la fiesta del Cristo Negro de Portobelo<sup>1</sup>.

Con los ojos bien abiertos, y fijos en aquel momento, propongo un cruce de miradas entre tres fenómenos de deportación masiva, todos atravesados por la figura del destierro. Me refiero a la deportación de esclavos africanos hacia las tierras del Nuevo Mundo, a la de judíos y gitanos de Europa hacia los campos de exterminio nazis y al destierro de los vencidos republicanos españoles, apátridas que se encontraron también “concentrados” en los campos de muerte durante la Segunda Guerra Mundial –con casi dos siglos entre una y otros–.

Quiero mirar estos tres fenómenos a la luz del sentido husserliano del término *fenómeno*; esto es, discernir en ellos lo que está ahí, lo que queda presente allí y en las personas.

Y lanzo la primera pregunta: ¿quiénes piden reparación y a quién se la van a pedir?

Segunda, en lamento: ¿qué forma lleva ese *pedido*?, ¿será más bien una *exigencia*?

Tercera, cantando: la reparación en cuestión ¿pasará por un ejercicio de vocalización de palabras, es decir se tratará de un testimonio escrito, un canto, un poema, un lamento, un ensayo o una protesta? o, por el contrario, ¿tendremos que ir la desenterrando con nuestras manos de escribientes, o poner a trabajar también nuestros pies, para golpear con ellos la tierra, el único testigo, hasta que se nos permita tocar los escombros de las *zonas de refugio* de la oralidad?

Por último, y para cerrar este preámbulo, al hablar de afrodescendientes ¿no estaremos reinventando una historia de la que ni siquiera somos testigos o, en el mejor de los casos, como diría Primo Levi, de la que somos “falsos testigos”? “Nuestra Historia [...] pertenece a un tiempo y a circunstancias hoy día abolidas que nada en la realidad presente podrá *restituir*, y no creo que pueda com-

---

<sup>1</sup> La fiesta del Cristo Negro –negro... pero sin facciones africanas– se celebra en Portobelo el 21 de octubre de cada año.

prenderse de otra manera tal y como lo son hoy los hechos legendarios o los de tiempos bien atrás” (Levi 1987: 130).

Jorge Semprún no está de acuerdo con aquello de “falsos testigos”, lo considera una estupidez, pero yo le concedo la razón al autor de *Y si fueran hombres* que me he permitido citar.

En 1998, la revista *Lotería* publicó mi primera reflexión sobre el fenómeno de la esclavitud (Camargo 1998). Hoy, al revisar aquel escrito sigo manteniendo el enfoque propuesto de “sueño y dolor”, dándole a éste la calidad de *contenido* sustancial de toda la elaboración conceptual que seguirá este escrito. Con ello quiero hoy apuntar a uno de los extremos del dilema que planteo ahora: ¿cuál es la evasión? Este término no es justamente el más apropiado, pero creo que es el más cercano a mi búsqueda. No se trata de huir o de escapar blanqueando el arroz pilado: ¡no y no! La imagen que tengo es la de una marcha que va vaciando, con su cadencia forzada o voluntaria, ese dolor clavado en la carne de mi carne y la sangre de mi sangre: mi ascendencia. Atravesando la marcha no me es posible quedarme dormida contemplando ese cementerio ni, menos aún, permanecer indiferente al reguero de osamentas. Para decirlo de una vez, nos tocará empinarnos a la muerte, a la destrucción, para levantar las ruinas.

A estas alturas del debate sería un verdadero desastre intelectual y moral apoyarnos en un rastreo de fuentes escritas fidedignas para el estudio desapasionado y objetivo de nuestras preguntas. Chocaremos contra el muro de aquel “sorprendente silencio” al que se han referido algunos. Y no es que sorprenda porque no existan las palabras sino, sencillamente, porque no hay testigos. Ni verdaderos ni falsos.

Quiero ubicarme en el punto que marca la convergencia de intereses para seguir guardando silencio. Me explico: está demostrado y reconocido que en el comercio negrero de la trata participaron activamente los propios africanos, y con cierto temor comparo el fenómeno al de los *Sonderkommandos* descritos por los rescatados de los campos de muerte. Hubo beneficios económicos, y de otros, de parte y parte. Primo Levi (1987: 74) nos dirá todavía:

Un acuerdo tácito hará que nadie hable: en el espacio de un minuto, todos dormíamos apretados codos contra codos [...] las espaldas rígidas y tras los párpados apenas cerrados, brotaban con violencia los sueños [...] Estamos en nuestras casas metidos en la bañera tomando un maravilloso baño caliente [...] luego nos sentamos a comer pero antes contaremos las historias del día: nues-

tros trabajos sin esperanzas, nuestras finanzas *en sacos rotos* [agregado nuestro] nuestra perpetua hambruna, nuestros sueños de esclavos.

En cuanto a los diez mil exiliados republicanos españoles, muchos de los cuales morirán huyendo de las cárceles de Franco cuando no cayendo en manos de Hitler, retengo que habían quedado sin patria. De allí el triángulo azul que llevaban como distintivo cosido en sus camisas, “porque España nunca nos iba a reclamar [...] Y que no nos enviaran a España porque ahí ya los campos de concentración estaban llenos” (EPS 2005). Así pues, su condición de apátridas los dejaba automáticamente sin país a donde regresar.

Los otros dos movimientos de deportación que estamos mirando comparten la experiencia de los republicanos de España: el pertenecer a los *vencidos* –o, también, a lo *no deseado*– y, luego, ese *no tener un país a donde regresar*; esto último se verá mejor en el caso del destierro de africanos. Y aquí el testimonio de Primo Levi resulta valiosísimo.

Giorgio Agamben, el filósofo italiano, comprueba el enorme desfase que queda inscrito dentro del mismo testimonio que se pretende erigir o refutar por medio de la palabra. Esto, por supuesto, en caso de que nos interese el *esplendor de la verdad*. Porque resulta que la facticidad de los hechos va más allá de los hechos mismos. En Auschwitz se confirma la aporía, denunciada por Agamben (1999. 11), de que “la verdad misma es mucho más trágica y aterradora que el hecho escrito”.

Y es que la aporía de Auschwitz es la misma que enfrenta todo conocimiento histórico, es decir, la no coincidencia de los hechos con la verdad misma, con su *comprobante* –algunos dirán: “con su *factura*”– o con su comprensión.

Ese puñado de “gentes oscuras y ordinarias” serán más difíciles de comprender que un texto de Dante o de Spinoza. De allí la famosa expresión de Hannah Arendt –deformada por malinterpretada– de la “banalidad del mal”. Y es que, en lugar de hablar de “afrodescendientes”, propongo el uso del término *rescatados* para continuar con la línea de pensamiento a la que me he referido. Ese “dolor eterno” coincide con lo que el escritor japonés Ôé Kensaburô, Premio Nobel de Literatura, ha llamado la “masa de tristeza” con la que hay que frotarse para hacer brotar entonces, y sólo entonces, algo de verdad:

A medida que Hikari avanza en sus composiciones, el padre que yo soy no puede menos que escuchar en su música la voz de su alma sombría que emite

gritos y sollozos. Un niño minusválido mental ha hecho de la composición su “manera de ser” pagando un alto precio por el esfuerzo que está a su alcance, pero no por eso es menos intenso. Su técnica y su concepción han ganado en profundidad. Este hecho me ha permitido descubrir, en el fondo de su corazón, una masa de tristeza sombría que las palabras han sido incapaces de sondear hasta ahora (Kozemburó 2001: 26).

Me siento aquí abrumada al mirar la necesidad de dar su justo valor a la dignidad filosófica de la experiencia del dolor, para lo cual considero que esta reflexión sobre afroreparaciones, con las reservas indicadas, nos ofrece un lugar —es más: es el lugar (*leku* en lengua vasca)— para hacerlo. Hannah Arendt será una de las primeras en reconocer el sagrado desprecio con que toda la filosofía contemporánea ha tratado el tema del sufrimiento e inclusive la experiencia de la muerte (ver su ensayo sobre Hermann Broch en Arendt 1974: 159).

Hay otro elemento que interesa señalar al mirar los dos movimientos de deportación que tenemos ante los ojos. La deportación de africanos desembocó a la larga en la institucionalización de un sistema de servidumbre que —dicho sea de paso— existía mucho antes de la trata. Su prolongación en el tiempo dio origen a la formación de células comunitarias —palenques, cofradías, rochelas— y, con muy raras excepciones, también al fenómeno del cimarronaje —Bayano en Panamá, San Basilio de Palenque en Colombia—. La experiencia concentracionista de los campos de muerte desarrolló igualmente un sistema de servidumbre, puesto que, en la práctica, y aunada con una doctrina de exterminio, forzó a muchas personas a una lucha solitaria, implacable y desesperada por su vida.

Entre ambos fenómenos, el factor tiempo será determinante para inclinar la balanza hacia el comunitarismo o hacia el individualismo. “Esta punta de lanza de la *carrera solitaria* por la vida, romperá los desesperados esfuerzos por hacer de los campos *una sola masa humana* [...] sufren y avanzan en una misma soledad interior absoluta, y es y será todavía solos [como las arias de una ópera trágica, nos permitimos interpolar nosotros] como morirán o desaparecerán sin dejar rastros ni ninguna huella en la Memoria de nadie” (Levi 1987: 95). Y es todavía Primo Levi (ibíd.: 125) quien nos habla:

Y no podía dársele largo a la locura de los campos de muerte. Los primeros bombardeos del verano de 1944 comenzaron a mover la tierra de Polonia y hasta dentro de las casas en tierras alemanas. Y, en esa hora de peligro, notará todavía nuestro químico de Turín, “los lazos de la tierra y de la sangre” harán las uniones [...] ante los ojos atónitos de los testigos incrédulos [...] Se caían los

*Lagers* [...] el proyecto de fabricación de caucho sintético que requería “especialistas” previsto para el 1.º de febrero de 1945 quedaba allí paralizado y sepultado en los escombros.

Si en esos momentos de *coup d'arrêt* de la locura de los campos reaparecen los lazos de tierra y sangre, son justamente estos los que desaparecerán entre los afrodescendientes. Habrá que recrearlos, al menos los que tienen relación con la tierra.

En Oswiecim (Auschwitz en lengua polaca), Edith Stein –discípula de Husserl internada en Birkenau, el campo vecino, exclusivo para mujeres– fue asfixiada en las cámaras de gas. Busco ahora las diversas reacciones de los testimonios de rescatados. Ella ofreció su sufrimiento en apoyo de la herencia de martirio del pueblo de Israel que se prolonga hasta Cristo y culmina con él. No *cayó* allí *por accidente*; es decir, llevaba un compromiso que, aunque no fuera político, era el de haber dejado su fe judía para abrazar la regla de vida de la orden carmelita. Para otros, el sufrimiento será una experiencia traumática (y quiero aquí incluir a los africanos esclavizados en nuestras tierras). Se encontraron, como decimos los panameños, “sin ton ni son”, es decir, sin sentido alguno para sus vidas y, por ende, sin mayores lecciones que sacar. ¡Por supuesto que habrá excepciones! Los *caídos* por accidente en los campos verán la experiencia de la esclavitud como una enfermedad, otros como una violación. Para unos existe un deber de memoria que dice: “Prohibido olvidar”; para otros se tratará de sacar el cuerpo extraño que los viola o *tomar una aspirina* para calmar el dolor... *¡A cada pueblo su aspirina!*

Primo Levi, náufrago de los campos de muerte, se dará muerte en abril de 1987, no sin antes –y tanto como Tamiki Hara, víctima de las irradiaciones de Hiroshima– escribir *para que no se olvide* Tamiki se dará muerte luego del estallido de la guerra de Corea.

Los esclavizados de ayer, los *rescatados* de hoy, seguimos teniendo, como Primo Levi, sueños de hombres y de mujeres. Y en algunas potencias con herencia esclavista, como es el caso de los propios Estados Unidos, leemos que la Procuraduría General reacciona ante el escándalo de los trabajos forzados –el caso de los sesenta sordomudos mexicanos y el de las ocho costureras tailandesas que trabajaban veinte horas al día en condiciones infrahumanas (*La Prensa* 1998)– y propone “la creación de una fuerza de trabajo a fin de combatir la explotación laboral y la esclavitud contemporánea, que afecta principalmente a los inmigrantes”. Se pretende, pues, erradicar la esclavitud llamada “moder-

na”. Ironía de los tiempos: en Panamá, la Antigua Aduana de Portobelo centro de distribución y venta de esclavos es declarado “monumento histórico”.

En esa Aduana de Portobelo, flamante monumento a la inequidad y a la vergüenza, yo escucho cómo suben los alaridos de hombres y mujeres paralizados por el terror de la barbarie de ayer y de la inconciencia de hoy. Porque aunque a los deportados africanos no se los arrojara a los hornos del exterminio físico, sí se abrieron otros “hornos” de exterminio, lentos pero seguros, como lo fueron las minas de oro y plata, los trabajos forzados en las plantaciones... y paremos ahí. Tenemos que pasar en medio de los cadáveres o del suicidio de más de uno, de los abortos voluntarios para cerrar las entrañas a la vida.

En abril, no ya de 1987, las romerías de los judíos del mundo entero se dan cita en lo que queda de los campos de exterminio en tierras polacas. Y en cierta ocasión leímos las declaraciones de un Primer Ministro del Estado de Israel que encabezaba la Marcha de los Vivos, con participación de siete mil jóvenes y mil rescatados del mal llamado “Holocausto” (Agamben 1999: 34): “Aquí, justo en este lugar, arrancaron bebés de los brazos de sus madres y los lanzaron en los hornos. Casi se puede escuchar cómo salen del suelo alaridos de las madres y se puede sentir el terror paralizante... Pero ¡vencimos!”. Los *rescatados* de la esclavitud podemos decir hoy igualmente: “¡Vencimos!”. Pero ¡a qué precio! El emblema de esa victoria es, para los hermanos judíos, la existencia de un Estado que hoy aplasta y somete para vivir en *paz*, pero ¡a qué precio!

En lo que a mí respecta, sigo preguntándome si la existencia de un Estado judío habría verdaderamente impedido la deportación y el exterminio ulterior de millones de judíos. ¿Pudo acaso el Estado francés evitar la deportación de los que estaban en su territorio? Dicho de otro modo, la tan cacareada “soberanía” de un Estado y la fuerza bruta del poder de las armas ¿podrán acaso frenar la barbarie de los hombres de todos los colores, razas y religiones?

Llegados a este punto, y corriendo el riesgo de chocar con muchas mentes delicadas, puedo afirmar que existen instituciones y decisiones políticas perversas –tanto como prácticas culturales– que no tienen ningún asco en violar las más mínimas y elementales normas de la *ética de la supervivencia humana*: tal fue el caso de la trata.

Germán Carrera Damas, historiador venezolano, argumenta que no resulta exagerado afirmar que, en el caso de la abolición de la esclavitud, lo que estaba sobre el tapete no era la libertad de los esclavos. Se trataba, nos dirá, de “la

libertad de los hombres libres para el *capitalismo*". Sí, la abolición de la esclavitud poco o casi nada tiene que ver con los esclavos. Ellos son únicamente el pretexto para realizar un ajuste de cuentas a las estructuras de poder interno, seriamente desquiciadas por los acontecimientos militares y los procesos sociopolíticos desencadenados en función de la ruptura del nexo colonial. Y el principal objeto de esta política restauradora no eran los esclavos sino los hombres libres que venderían su fuerza de trabajo.

El antiguo esclavo va entonces a pegarse, como quien dice, algo así como un *patchwork*, al disfrute de una libertad acaramelada, arreglada antes de la abolición. Sin lugar a dudas –y aquí sigo todavía a Carrera Damas– es posible afirmar que la abolición logró simplemente una *libertad mediocre*, condicionada y solamente jurídica: "conculcada", como la llama. En suma, la abolición abre una nueva etapa de lucha generacional para el antiguo esclavo y sus descendientes. Lucha cotidiana, silenciosa algunas veces. Con la batea en la cabeza y los pies descalzos; pero lucha obligada a entrar en posesión de las palabras que llevarán al poder, y no tanto al económico, aunque toque empezar por allí, como al de su individualidad, es decir a su dignidad. Ardua cuestión que supera el marco puramente jurídico e institucional para entrar en el interior, más íntimo que yo mismo.

En un coloquio organizado en 1999 por la Universidad de Toamasina (Tamatave) y por el Instituto de las Civilizaciones de la Universidad de Antananarivo, en Madagascar, se discutieron ampliamente las consecuencias de la trata de esclavos en el este malgache. Eugène Régis Mangalaza, rector de la Universidad de Tamatave, señalaba que no se trata de volver a hundir el puñal en las heridas, puesto que la cuestión de la esclavitud seguirá siendo un tema socialmente delicado y políticamente sensible. Señalaba además la participación de los mismos malgaches en el vasto drama: no sólo participación sino igualmente obtención de grandes beneficios económicos.

Si para el rector Mangalaza, e inclusive para ciertos programas de organismos multilaterales de cooperación intelectual, el punto crucial y de arranque es y sigue siendo desenterrar la *ruta de los esclavos*, localizarlos, saber quiénes eran, de dónde provenían, mi propuesta va en el sentido de recoger, de los *renacientes* de la diáspora, los testimonios del inmenso sufrimiento inherente a esa ruta para escuchar los lamentos de esos hijos no deseados de una cultura que renegó de ellos y en definitiva los dejó morir –algo válido también para la deportación de la mayoría de los judíos de Europa–. Como hijos abortados se desprendieron o fueron desprendidos del vientre y los brazos de la Madre, y allí están varados en la ruta, en las osamentas que guardan los museos.



Pero ¿qué dicen de sí mismos los *rescatados*? ¿A quién le piden *Reparación*? Y ¿cómo lograr que ese sufrimiento que se perpetúa en la *memoria doliente* de esos pedazos arrancados a una civilización milenaria forme parte del conocimiento histórico y científico de la humanidad?

Vaciados de su propia sustancia, buscarán otros caminos para evadirse. Pero ¿a dónde ir? Porque hasta ahora no he oído a ningún Estado ni reino africano levantarse para decirles: “Vengan, hijos míos, carne de mi carne y sangre de mi sangre; vengan y tomen posesión de su tierra, de su patria, de su casa”. ¿Quién nos ha reclamado como *hijos* para que nosotros, reconocidos, nos identifiquemos como *descendencia*? Porque cercenados fuimos de nuestra Madre África, primero por ella misma, luego ayudada por el apetito de *los compradores* y *los vendedores de sangre* y, más tarde, por los encargados de poner el precio, es decir, por los mercaderes.

¿Cómo tragar entonces esa repugnante mezcolanza de hipocresía y dobles discursos, de compilaciones de fechas y lugares hechas por los *coleros* de una Historia Boba de la Trata? Y, sobre todo, ¿qué hacemos nosotros hoy con ese pasado?

Sucede, pues, con nuestra herencia africana *de sangre y carne* —que no es otra cosa que la etnia— algo parecido a lo que intentó Eduardo Chillida con su obra, decidido como estaba a enraizarla a la tierra vasca que lo vio nacer. Junto con el poeta Carlos Aurenexxe, Chillida quiso sumar una creación con otra. En nuestro caso nos toca sumar nuestros discursos creativos para intentar establecer un diálogo directo y compartido, sin resentimientos ni complejos, con esas *madres*. Por un lado, África y, por el otro, la imagen de Raquel<sup>2</sup>, que llora todavía a sus hijos. Es decir, un diálogo entre el espacio y la palabra.

Porque la cuestión, tantas veces discutida y vuelta a discutir, de la *puesta entre paréntesis* que significaría la evasión bajo sus múltiples formas, debe plantearse nuevamente.

Y es —nos dirá Paul Ricoeur— que el destino último de la Memoria *de fechas, de lugares* en el plano del conocimiento histórico —lo que, en última instancia, le da legitimidad a la *desimplificación* del espacio y del tiempo en su forma objetivada—, es el nexo que se establece entre *Memoria corporal* y *Memoria del lugar*. Tanto

---

<sup>2</sup> Raquel es el personaje bíblico del Antiguo Testamento que rechaza ser consolada ante la matanza de sus hijos. Es tomada aquí como símbolo de "la mujer" ante el horror del dolor.

Ricoeur como antes Primo Levi muestran que “el cuerpo, los cuerpos, constituyen el lugar”, el aquí, el ahora, con respecto a lo cual todos los otros lugares serán el “más allá”, el “por allá” (Levi 1987: 96).

Los *lugares*, entonces, están a mil leguas de distancia de los *sitios*. Estos últimos abrirán las puertas a la *museística* de esos mismos lugares, a las romerías, procesiones y conmemoraciones: en una palabra, a la canalización que se irá instalando poco a poco, al olvido que borrarán las huellas y que, finalmente lo pondrá todo en estado de ruina.

*Para que no se olvide* escribieron Primo Levi y Albert Chambon, también rescatado de Buchenwald. Nuestro dilema de partida se replantea ahora entre la aceptación de las huellas de esos pasos en un largo caminar. Huellas exteriores, unas, pero, más que nada, íntimas como sollozos callados e imperceptibles, Porque *las lágrimas van por dentro*, y Raquel sigue sin consuelo por sus hijos de hoy.

## Bibliografía

Agamben, Giorgio. 1999. *Ce qui reste d'Auschwitz* [Lo que queda de Auschwitz], Paris, Payot.

Arendt, Hannah. 1974. *Vies politiques*, Paris, Gallimard.

Camargo, Edilia. 1998. “La Esclavitud, entre el sueño y el dolor”, *Lotería*, 420: 73-85.

Carrera Damas, Germán, s.f., “Peripetias del método crítico”. Fotocopia facilitada por el autor.

Chambon, Albert. 2000. *Les Noirs, leur longue marche*. Publisud.

Chillida, Eduardo y Aurteneaxe, Carlos, s.f., “La casa del olvido”. Nota a la exposición. Museo Chillida-Leku.

*El País Semanal* [EPS], [Número consagrado al Holocausto], agosto 2005.

“E. U. creará fuerza de trabajo para combatir la esclavitud moderna”, *La Prensa*, 1998.

“Israel recuerda a los muertos del Holocausto”, *La Prensa*, 1998.

Kensaburô, Ôé. 2000. *La Route des esclaves*, Paris, L'Harmattan.

— 2001. *Moi d'un Japon ambigu*. Paris, Gallimard.

Levi, Primo. 1987. *Si c' est un homme*, Paris, Julliard.

Ricoeur, Paul. 2000. *La Mémoire, l' histoire, l' oubli*. Paris, Seuil.



Foto: Iván Rúa